

XXX

Las islas Azores

A la hora fijada por el capitán percibieron los pasajeros hacia la proa y muy distantes de las costas algunas islas sitas al Nordeste, bañadas por un sol brillante.

Aquellas islas eran las Azores.

El viento soplaba hacia aquel lado y el brick marchaba ligero, de suerte que á eso de las tres de la tarde llegaron á la vista de las islas.

Felipe vió aquellas altas colinas de formas extrañas y de lúgubre aspecto; rocas ennegrecidas como si hubiesen sufrido la acción de un fuego volcánico, cortaduras con crestas iluminadas por el sol y abismos profundos.

Apenas llegó á tiro de cañón de la primera de aquellas islas, el brick se puso al paio, y la tripulación preparó un desembarco para hacer aguada, como había dispuesto el capitán.

Todos los pasajeros se proponían tener el placer de una excursión á tierra, pues pisar un suelo inmóvil al cabo de veinte días con veinte noches de penosa navegación, es una partida de placer que sólo pueden apreciar los que han hecho una larga navegación.

— Señores, dijo el capitán á los pasajeros á quienes creyó ver indecisos, tenéis cinco horas para ir á tierra, así aprovechad la ocasión. En ese islote completa-

mente inhabitado, los naturalistas hallarán manantiales de agua hirviendo y de agua helada, y los cazadores conejos y perdices encarnadas.

Felipe cogió su escopeta, balas y perdigones.

— ¡Y vos, capitán? dijo. ¿Pensáis queáaros á bordo? ¿por qué no venís con nosotros?

— Porque por allá abajo, respondió el capitán señalando al mar, viene un buque que me parece sospechoso; un buque que hace cuatro días me viene dando caza; un buque de mala cara, como nosotros decimos, y que quiero vigilar.

Satisfecho Felipe con esta explicación, saltó al último bote y marchó á tierra.

Las señoras y varios pasajeros de proa ó de popa no se aventuraron á ir á tierra, y aguardaron su vez.

Vióse, pues, alejarse los dos botes con los marineros alegres, y los pasajeros más alegres aun.

Las últimas palabras del capitán fueron:

— Señores, á las ocho irá á buscaros el bote que queda; tenedlo entendido, porque el que se retrase quedará en tierra.

Así que todos, tanto los naturalistas como los cazadores, desembarcaron, los marineros entraron en una caverna situada á cien pasos de la orilla y que formaba un recodo como para guarecerse de los rayos del sol.

Un manantial de agua fresca, azulada y exquisita, se deslizaba por las rocas tapizadas de musgo é iba á perderse, sin salir de la misma gruta, en el fondo de una arena fina y movediza.

Los marineros se detuvieron allí, llenaron sus pipas, y las condujeron rodando hasta la orilla.

Felipe los miró hacer su operación, admirando la sombra azulada de aquella gruta, la fresecura y el dulce murmurio del agua que se deslizaba de cascada en cascada, y se admiraba de haber encontrado primero

las tinieblas más opacas y el más intenso frío, y al cabo de algunos minutos una temperatura suave y la sombra sureada de blandos y misteriosos resplandores. Así es que al principio había seguido á los marineros sin verlos, con los brazos extendidos y tropezando contra las paredes de las peñas, y luego se fueron dibujando é iluminando todas las figuras. Felipe prefería la limpieza de la luz de aquella gruta á la del cielo tan deslumbrante y ardiente en aquellos parajes.

Entretanto oyó la voz de sus compañeros que se perdía á lo lejos, resonaron en la montaña uno ó dos tiros de escopeta, luego se apagó el ruido, y Felipe quedó solo.

Los marineros, por su parte, habían concluido su tarea y no debían volver á la gruta.

Felipe se dejó arrastrar poco á poco por el encanto de aquella soledad y el torbellino de sus pensamientos; se tendió sobre la blanda arena apoyando la espalda contra las rocas tapizadas de hierba, y se puso á meditar.

Trascurrieron así las horas, sin que él se acordara del mundo, teniendo á su lado la escopeta, y habiendo sacado del bolsillo, para poder tenderse más cómodamente, las pistolas que nunca abandonaba.

Toda su vida pasada se iba presentando lenta y solemnemente á su memoria, como un escarmiento ó como una reconvencción; todo su porvenir huía austero como esas aves bravías que á veces llega uno á ver, pero nunca á tocar.

Mientras que Felipe se sumergía en sus meditaciones, sin duda meditaban también, se reían y esperaban á cien pasos de él, pues percibía insensible y vagamente todo eso, y más de una vez le había parecido oír el remo de los botes que conducían á la playa ó llevaban á bordo pasajeros, hastiados unos del placer

de aquel día, y ávidos otros de gozar de él á su vez.

Pero nadie había turbado aun su meditación, ya porque los unos no hubiesen dado con la entrada de la gruta, ya porque los que la habían visto no se dignasen entrar en ella.

De súbito se interpuso entre la luz y la gruta, en la misma entrada, una sombra tímida é indecisa, y Felipe vió á una persona andar con las manos hacia adelante y la cabeza baja en dirección al manantial, pero habiéndole resbalado el pie en la hierba, tropezó con las peñas.

Entonces se levantó Felipe y fué á dar la mano á aquella persona para ayudarla á tomar el verdadero camino. En aquel movimiento de urbanidad sus dedos encontraron la mano del viajero en medio de las tinieblas.

— Por aquí, caballero, dijo con afabilidad, por aquí se va al manantial.

Al oír aquella voz, el desconocido levantó precipitadamente la cabeza y se disponía á responder dejando al descubierto su cara en la penumbra azulada de la gruta.

Pero Felipe, lanzando de súbito un grito de horror, dió un brinco hacia atrás.

El desconocido, por su parte, dió un grito de espanto y retrocedió.

— ¡Gilberto!

— ¡Felipe!

Estas dos palabras resonaron á un mismo tiempo como un trueno subterráneo.

En seguida solo se oyó el ruido de una especie de lucha, pues Felipe cogió con las dos manos por el cuello á su enemigo y lo atrajo al fondo la cueva.

Gilberto se dejó llevar sin proferir ni una queja, hasta que pegado á las rocas no podía ya retroceder.

— ¡ Miserable ! al fin caíste en mi poder ! dijo Felipe rugiendo como un león. ¡ Dios te trae á mi presencia, porque Dios es justo !

Gilberto estaba lívido, y sin hacer un gesto siquiera dejó caer los brazos.

— ¡ Oh ! es tan cobarde como malvado ! dijo Felipe : ni aun tiene el instinto de la fiera que se defiende.

Gilberto contestó con dulzura :

— ¡ Defenderme ! ¿ y para qué ?

— Es verdad, porque sabes que estás en mi poder, y eres digno del castigo más horrible. Todos tus delitos están probados ; has envilecido á una mujer por medio de la afrenta, y la has matado por medio de la inhumanidad. Para tí era poco manchar la castidad de una virgen, y has querido asesinar á una madre.

Nada respondió Gilberto, y Felipe, que iba acalorándose insensiblemente con el fuego de su propia ira, le acometió de nuevo con furia ; pero Gilberto no opuso la menor resistencia.

— Tú no eres hombre, dijo Felipe sacudiéndole con rabia, y sólo tienes de tal el rostro... ¡ Cómo ! ¿ ni resistes siquiera ? ¿ Pero no ves que te estoy ahogando?... ¡ Defiéndete, cobarde, asesino !

Gilberto sintió penetrar en su garganta los acerados dedos de su enemigo : entonces se enderezó, y, tan vigoroso como un león, arrojó á Felipe lejos de sí con un movimiento de hombros que hizo, y en seguida se cruzó de brazos.

— Ya veis, dijo, que podría defenderme si quisiera ; pero ¿ para qué?... Ahora cogéis la escopeta ; más quiero morir de un tiro que desgarrado por vuestras uñas, ó de golpes que deshonran.

Efectivamente, Felipe había cogido su escopeta ; pero al oír estas palabras la arrojó.

— No, murmuró.

Luego en voz alta :

— ¿ Adónde vas?... ¿ Cómo has venido aquí ?

— Me he embarcado en el *Adonis*.

— ¿ Entonces habrás estado escondido y debes haberme visto ?

— Ni siquiera sabía que vos estabais á bordo.

— ¡ Mientes !

— No miento.

— Y entonces, ¿ cómo es que yo no te he visto ?

— Porque sólo salía de mi cámara de noche.

— ¡ Ya ves como te escondes !

— Sin duda.

— ¿ Por mí ?

— Ya os he dicho que no : voy á América con una comisión, y nadie debe verme, siendo este el motivo porque el capitán me ha alojado aparte.

— Repito que te escondes por no encontrarte conmigo, y sobre todo para ocultar el niño que has robado.

— ¡ El niño ! dijo Gilberto.

— Sí, ¡ has robado y traído contigo ese niño para convertirle algún día en una arma que te produzca alguna ganancia, porque eres un miserable !

Gilberto movió la cabeza.

— He recogido ese niño, dijo, para que nadie le enseñe á despreciar ó á renegar á su padre.

Felipe tomó aliento, y dijo :

— Si eso fuese cierto, si yo pudiera creerlo, serías menos infame que lo que he pensado ; pero un hombre que roba, ¿ cómo no ha de mentir ?

— ¿ Yo he robado ? ¿ yo ?

— Sí, has robado un niño.

— ¡ Ese niño es mi hijo y me pertenece ! El que recobra lo suyo no roba.

— Escucha, dijo Felipe estremeeciéndose de ira ;

hace poco se me ocurrió la idea de matarte, pues lo había jurado y tenía derecho para ello.

Gilberto no contestó.

— Ahora Dios me ilumina, Dios que te ha traído á mi camino como para decirme : « La venganza es inútil, sólo debe vengarse aquel á quien haya abandonado Dios... » No te mataré, pues ; pero destruiré el edificio de desgracia que has levantado. Ese niño con que cuentas para lo futuro, vas á devolvérmelo al instante.

— ¡ Pero si no lo tengo ! No se trae al mar un niño de quince días.

— Preciso es que le hayas buscado un ama ; ¿ y por qué no ha de venir acompañándote ?

— Os digo que no he traído conmigo el niño.

— Entonces le habrás dejado en Francia ; ¿ en qué sitio le has dejado ?

Gilberto se calló.

— ¡ Responde ! ¿ Dónde le has puesto á criar y con qué recursos ?

Gilberto siguió callando.

— ¡ Ah ! miserable, me desafías, dijo Felipe : ¿ no temes que se despierte mi cólera ?... ¿ Quieres decirme dónde está el hijo de mi hermana ? ¿ Quieres devolverme ese niño ?

— Mi hijo me pertenece, murmuró Gilberto.

— ¡ Malvado ! ¿ está visto que quieres morir !

— Lo que quiero es no entregar mi hijo.

— Gilberto, escúchame, pues te hablo con dulzura : procuraré olvidar lo pasado y aun perdonarte. Ya ves mi generosidad, Gilberto... ¿ Te perdono !... Perdono la afrenta y las desgracias que has traído á nuestra casa, lo cual es un gran sacrificio ; pero devuélveme ese niño... Una palabra más : Andrea ama con frenesí á su hijo... al tuyo, y la conmoverá tu arrepenti-

miento ; te lo ofrezco y me comprometo á ello ; pero devuélveme ese niño, Gilberto, devuélvemelo.

Gilberto se cruzó de brazos, lanzando á Felipe una mirada llena de fuego sombrío.

— Vos no me habéis creído, dijo, y yo tampoco os creo : no porque no seáis un hombre honrado, sino porque he sondeado el abismo de las preocupaciones de raza. Ya no es posible retroceder, y de consiguiente no hay perdón. Somos enemigos mortales ; y puesto que vos sois más fuerte, sed el vencedor. Yo no os pido vuestra arma, conque no me pidáis vos la mía.

— ¿ Es decir, que confiesas que es un arma ?

— ¡ Sí, contra el desprecio, contra la ingratitud, contra el insulto !

— Te lo vuelvo á decir, Gilberto, dijo Felipe echando espuma por la boca : ¿ quieres ó no ?

— No.

— ¡ Mira lo que haces !

— Bien lo sé.

— No quiero asesinarle, sino que tengas probabilidades de matar al hermano de Andrea, y con eso cometerás otro delito más. ¡ Ah, ah ! eso debe tentarte... Toma esa pistola, y he aquí otra : contemos cada uno tres pasos, y disparemos.

Y arrojó una de las pistolas á los pies de Gilberto.

El joven permaneció inmóvil.

— ¿ Un desafío ? dijo. Precisamente es lo que rehuso.

— ¿ Prefieres que te mate ? exclamó. Felipe loco de rabia y desesperación.

— Prefiero que me matéis.

— Reflexiónalo... porque se me va la cabeza.

— Lo he reflexionado.

— Mira que estoy en mi derecho y que Dios debe absolverme.

— Ya lo sé... matadme.

— Por última vez te lo pregunto : ¿quieres bati-
tirme?

— No.

— ¿Y te niegas á defenderte?

— Sí.

— Pues bien, muere como un malvado de que purgo la tierra ; muere como un sacrilego, como un bandido ; ; muere como un perro !

Y Felipe disparó su pistola á boca de jarro contra Gilberto. Este extendió los brazos, se inclinó al principio hacia atrás, después hacia adelante, y cayó de cara sin lanzar un grito. Felipe sintió impregnarse la arena bajo sus pies de una sangre caliente, perdió enteramente la razón y se arrojó fuera de la cueva.

Delante de él se hallaba la playa, y un bote estaba esperando, pues se había anunciado á bordo la hora de marchar para las ocho, y ya eran algunos minutos más.

— ¡ Ah ! al fin llegáis, caballero, dijeron los marineros ; sois el último, pues todos se hallan ya á bordo... ¿ Qué habéis matado ?

Al oír esta pregunta, Felipe perdió el conocimiento, y lo trasladaron en ese estado al buque que empezaba ya á aparejar.

— ¿ Han vuelto todos ? preguntó el capitán.

— Este es el último pasajero que quedaba en tierra, respondieron los marineros ; sin duda ha dado alguna caída, porque acaba de desmayarse.

El capitán ordenó una maniobra decisiva, y el brick se alejó de las islas Azores, precisamente en el momento en que el buque desconocido, que tanto le había inquietado, entraba en el puerto con bandera americana.

El capitán del *Adonis* cambió una señal con aquel

buque, y tranquilizado, á lo menos en apariencia, continuó su rumbo hacia el Occidente y desapareció muy luego en las tinieblas de la noche.

Hasta la mañana siguiente no notaron que faltaba un pasajero á bordo.

FIN DE JOSÉ BÁLSAMO